

Ambrosio era un lector fuera de lo común. “Cuando leía”, dice Agustín, “sus ojos recorrían las páginas y su corazón entendía su mensaje, pero su voz y su lengua quedaban quietas. A menudo me hacía yo presente donde él leía, pues el acceso a él no estaba vedado ni era costumbre avisarle la llegada de los visitantes, de modo que muchas veces, cuando lo visitaba, lo encontraba leyendo en silencio, nunca en voz alta”⁴.

Ojos que recorren la página, lengua inmóvil: así, exactamente, es como yo describiría hoy a un lector que estuviera sentado con un libro en un café frente a la iglesia de san Ambrosio en Milán, leyendo, tal vez, las Confesiones de san Agustín. Al igual que Ambrosio, el lector se ha vuelto ciego y sordo al mundo, a la gente que pasa, a las fachadas calcáreas de los edificios. Nadie parece advertir la presencia de un lector absorto; aislado de todo, concentrado en la lectura, el lector se vuelve parte del paisaje.

A Agustín, sin embargo, esa manera de leer le resultó lo bastante extraña como para mencionarla en sus Confesiones. Debemos suponer, entonces, que ese método de lectura, ese silencioso estudio de la página, era en su época algo poco común, y que la lectura normal se hacía en voz alta. Aunque pueden hallarse ejemplos anteriores de lectura silenciosa, hubo que esperar hasta el siglo x para que esa manera de leer se volviera habitual en Occidente⁵.

La descripción que hace Agustín de la callada lectura de Ambrosio (incluida la observación de que nunca leía en voz alta) es el primer ejemplo claro registrado en la literatura occidental. Los ejemplos anteriores son mucho menos fiables. Dos obras teatrales del siglo v a. C. presentan personajes que leen en escena: en el *Hipólito* de Eurípides, Teseo lee en silencio una carta que sostiene su esposa muerta; en *Los caballeros de Aristófanes*, Demóstenes examina una tablilla enviada por un oráculo y, sin revelar en voz alta su contenido, parece sorprendido por lo que lee⁶. Según Plutarco Alejandro Magno leyó en silencio una carta de su madre en el siglo iv a. C., para desconcierto de sus soldados⁷. Claudio Tolomeo, en el siglo n de nuestra era, señaló, en *Sobre el criterio*, su tratado sobre el equilibrio (un libro que tal vez Agustín conocía), que a veces la gente lee en silencio cuando se concentra mucho, porque pronunciar las palabras distrae el pensamiento⁸. Y en el año 63 a. C., Julio César, de pie junto a Catón, su oponente en el Senado, leyó en silencio una cartita de amor que le había enviado la hermana del mismo Catón⁹. Casi cuatro siglos después, san Cirilo de Jerusalén, en un sermón catequístico probablemente pronunciado durante la Cuaresma del año 349, rogó a las mujeres que, mientras esperaban durante las ceremonias, leyeran textos sagrados, “pero que lo hicieran en silencio para que, de ese modo, aunque

sus labios hablaran, ningún otro oído pudiera oír lo que decían"¹⁰; una lectura susurrada, quizás, en la que los labios se movieran emitiendo sonidos ahogados.

Si leer en voz alta fue la norma desde los comienzos de la palabra escrita, ¿cómo era la experiencia de la lectura en las grandes bibliotecas? El erudito asirio que consultaba una de las treinta mil tablillas de la biblioteca del rey Asurbanipal en el siglo vii a. C., aquellos lectores que desenrollaban pergaminos en las bibliotecas de Alejandría y de Pérgamo, el mismo Agustín buscando un texto determinado en las bibliotecas de Cartago y de Roma, habrán tenido que trabajar en medio de un estruendo considerable. Sin embargo, ni siquiera en la actualidad todas las bibliotecas mantienen el **proverbial silencio**. En los años setenta, en la hermosa Biblioteca Ambrosiana de Milán, no existía nada parecido al imponente silencio que yo había encontrado en la British Library de Londres o en la Bibliothèque Nationale de París. Los lectores de la Ambrosiana hablaban entre sí de pupitre a pupitre; cada tanto alguien hacía una pregunta en voz alta o llamaba a otra persona; un pesado volumen se cerraba con estrépito; un carrito lleno de libros traqueteaba por el pasillo. Hoy en día, ni en la British Library ni en la Bibliothèque Nationale hay un silencio completo; la lectura está puntuada por los ruidos de las computadoras portátiles, como si bandadas de pájaros carpinteros vivieran en el

A black and white photograph of two young men sitting on stone steps in a library. The man on the left is wearing a light-colored shirt, a dark vest, and a watch, and is holding an open book. The man on the right is wearing a dark jacket and is also reading. The background shows bookshelves filled with books.

ALBERTO MANGUEL

Una historia
de la lectura

alianza **Literaria**